

Laura Collin H.



Recuperar la memoria histórica, individual o colectiva, es una tarea que puede esconder diferentes propósitos, desde los simplemente académicos del investigador, hasta aquellos adjudicados por sus sujetos. Extremos ambos de externalidad e internalidad. El proyecto de investigación en torno a la historia oral en Tlanepantla se ubica en un cambio intermedio. Se trata de un proyecto de historia oral aplicada, o más bien de cómo utilizarla para afianzar y en algunos casos generar la identidad comunitaria.

Tlanepantla, un pueblo que fue ciudad.

Tlanepantla es un municipio del Estado de México, colindante con el DF, único con dos porciones territoriales. Cuando en 1945 su cabecera municipal, del mismo nombre, fue erigida ciudad; no era previsible el destino que le esperaba como zona conurbada de la ciudad de México.

El status de ciudad lo obtuvo por su floreciente papel como punto de recepción de ganado en pie, favorecida por el paso de una línea férrea,

cerca de 2000 habitantes en la cabecera y 19 pueblos en su entorno, era, sin embargo, un municipio rural.

Los pobladores originales aun conservan la memoria del paisaje bucólico, surcado por tres ríos de aguas cristalinas; el Tlanepantla, el de los Remedios y el San Javier, en sus bordes, árboles frutales circundados por magueyeras en las partes altas. La porción central albergaba ejidos maiceros, ranchos ganaderos y establos lecheros. Lo atraviesa la sierra de Guadalupe en su porción Norte y en la occidental las estribaciones de la sierra Mexica.

Hoy, a 44 años de distancia, cobija a cerca de dos millones de habitantes y dos mil cien industrias. Ocupa junto con su vecino, el municipio de Naucalpan, los primeros lugares en importancia económica del Estado. Sufre de todos los problemas de la conurbación: hacinamiento, déficit de servicios públicos, carencias cualitativas y cuantitativas en materia de vivienda, deterioro ecológico, inseguridad, violencia y falta de identidad en sus pobladores.

Personas, familias e inversionistas provenientes de todas partes del país lo invadieron, ocupando cada espacio disponible., susceptible o no de ser urbanizado. Se asentaron indistintamente sobre áreas verdes, terrenos de donación y ejidos. Rebasaron cinco veces la cota de crecimiento máximo, decorando con viviendas hasta los sitios más inaccesibles de los cerros. Sumaron sus demandas de agua, luz, pavimentación, drenaje, alcantarillado y transporte, a las de la Ciudad de México. Compartieron con ella las carencias y dificultades gubernamentales para satisfacer a la demanda creciente. Agotados los terrenos disponibles, sobresaturaron los existentes, los subdividieron, subdividieron también las viviendas y surgieron vecindades. Construyeron viviendas de aspecto inacabado, a la espera de un nuevo piso, un nuevo cuarto.

Fábricas y pobladores colaboraron con ahinco en la tarea de exterminar la flora y la fauna. Los árboles que no fueron arrancados para plantar una casa, no resistieron los gases y el polvo de las industrias. Las pestes y la falta de espacio acabaron con los animales y la conexión de drenajes transformó a los ríos en drenajes de aguas negras. La deforestación y los asentamientos no planificados, con traza reticular sobre terrenos cerriles, coadyuvaron a la erosión. El clima cambió, la zona se aridizó, los vientos, sin obstáculos, comenzaron a correr por la planicie.

Hacinamiento, falta de oportunidades y el limitado acceso a los satisfactores urbanos, incidieron en el aumento de la violencia y la inseguridad. La disparidad de orígenes, las expectativas de retorno o simplemente la movilidad ascendente pro-

vocaron la carencia de sentimientos de pertenencia, es decir, de identidad, con respecto al municipio o a la colonia.

Un poco de historia.

Tlalnepantla entra en la historia cuando Xolotl la elige como albergue a la capital de su señorío. El cerro del Tenayo, por entonces excelente coto de caza para estos chichimecas aún no habituados a la labranza de la tierra, fue uno de los motivos para la elección. Probablemente, el otro lo fuera la proximidad con poblaciones otomías, preexistentes desde tiempos de los toltecas, con quienes compartían la lengua y por tanto les resultaría más fácil el aprendizaje de las prácticas agrícolas y urbanas.¹¹

Al trasladarse la capital a Texcoco, Tenayuca conservó por algún tiempo su prestigio como sitio ceremonial, testigo de la unión de los señores chichimecas,¹² albergue también de población nahua y constructores de la pirámide de Santa Cecilia.

A la llegada de los españoles, el hoy en día Tlanepantla, seguía poblado por nahuas y otomíes. Un conflicto típico de poblaciones fronterizas da origen a su nombre: ambos grupos se disputan la instalación de los Jesuitas en su territorio. Estos, salomónicamente, construyen el convento de Corpus Christy en el borde, en la tierra de "en medio": Tlanepantla.

Durante la colonia el municipio contaba con dos gobernadores, uno otomí, con jurisdicción sobre 23 pueblos, y el otro nahua, con 17 poblaciones. Su extensión territorial y situación jurídica sufrió varias mo-

dificaciones, anexiones y restricciones: dependiente de Tacuba, de Azcapotzalco, como parte del Estado de México o de la capital. Fue sede de importantes haciendas como la de Santa Mónica, adjudicada a la Malinche, la de En-medio, San Javier y El Rosario. Tlalnepantla vio transcurrir y fue partícipe de las conmociones sociales, sin que afectaran demasiado a sus pobladores.

Pero en la década de los sesentas todo cambió. Ante la decisión de frenar drásticamente el crecimiento del DF, las autoridades estatales ven una oportunidad para el "desarrollo" de los municipios colindantes con la capital.

Primero se piensa en atraer a las industrias y a los pobladores por la carretera México-Puebla. Surge así Ciudad Nezahualcoyotl, pero el proyectado parque industrial se ve abortado por la carencia de agua. La iniciativa se desplaza hacia el Norte, determinando el rápido crecimiento de Naucalpan y Tlalnepantla. En esta última se proyectaron 14 parques industriales sobre las mejores tierras, las más planas, dotadas de todos los servicios y equipadas de obras de infraestructura. Se ofrecieron exenciones impositivas y las industrias empezaron a llegar.

La política de poblamiento no fue tan clara, al contrario, fue ambigua, oscura, disimulada, disfrazada. Aún en terrenos incorporados a la reserva de algún ente oficial, o bajo régimen de propiedad privada, dedicados a la realización de fraccionamientos residenciales, medios o de interés social, la infracción a las normas constructivas, a las leyes (muchas veces realizada por la misma mano que la escribía) fue la norma. El



sistema más barato para atraer a la población fue la invasión simulada sobre terrenos ejidales. Digo invasión simulada por no afirmar la existencia de la invasión. El asentamiento sobre terrenos ejidales, sustraídos del mercado de tierras por la Ley de Reforma Agraria, fue alentado, inducido y hasta promovido por las autoridades; invitado, permitido y procurado por los propios ejidatarios y aceptado con gusto por los colonos. No hubo víctimas, —con salvedad de la Ley de Reforma Agraria—. Todos pensaban que salían beneficiados. Las autoridades, evitándose los costos de la urbanización, los ejidatarios aceptando que no les hizo justicia la revolución sino la conurbación, al beneficiarlos con la valorización de sus tierras y las pingües ganancias por concepto de su venta y posterior indemnización; los pobladores por la posibilidad de obtener un sitio donde fincar al alcance de sus posibilidades, en tanto

nunca podrían obtener un terreno ya urbanizado, a precio de mercado.

En diez años el panorama cambió radicalmente. Las colonias crecían como otrora el maíz. La ciudad de Tlalnepantla se convirtió en integrante del área conurbana de la ciudad de México. A pesar del importante número de industrias existentes en el municipio, sólo ofrecen empleo al 15% de sus pobladores, los restantes puestos son cubiertos por personas que se desplazan desde otros puntos de residencia. Inversamente, los tlalnepantlenses encuentran ocupación en otros municipios y delegaciones, integrándose así a una compleja red de desplazamientos e interdependencias.

El presente.

En Tlalnepantla se pueden identificar diferentes tipos de asentamientos: los fraccionamientos industria-

les, fraccionamientos residenciales, fraccionamientos de interés social, las colonias populares, las ciudades perdidas y los pueblos. Cada uno con características particulares. Con excepción de los pueblos, los restantes con un común denominador: la falta de identidad territorial. Exclusivamente un 5% de la población del municipio puede vanagloriarse de tener más de dos generaciones residiendo allí, el restante 95% está conformado por migrantes o hijos de migrantes.

Los pueblos concentran al mayor número de pobladores arraigados. Entre ellos las relaciones sociales aún conservan muchas características pueblerinas; el conocimiento y el trato personalizado, la memoria histórica compartida, actividades rituales comunes, fuerte incidencia de lazos de parentesco, estructuras de poder político y económico claras y visibles, con la presencia de familias que funcionan y son reconocidas como caciques. Pero este sector de arraigados, con fuertes vínculos de identidad local, no son los únicos habitantes de los 19 pueblos. Los pueblos no solo fueron invadidos por la ciudad en aspectos funcionales, es decir, en la conexión de sus sistemas viales, comerciales, de transporte a la red mayor. También lo fueron por pobladores en busca de un sitio en donde vivir. Surgió entonces un nuevo fenómeno: el inquilinato periférico. Las viejas casas, con amplios terrenos, fueron subdivididas para dar cabida, en condiciones poco funcionales, a inquilinos desplazados en la mayoría de los casos de lugares más céntricos de la ciudad por el costo de las rentas urbanas. Pobladores de escaso o nulo arraigo, con la expectativa de encontrar, "donde sea", un sitio donde

fincar y tener "algo propio", o con temor a que les pidan el cuarto, la casa...con una permanente sensación de transitoriedad, aunque lleven 15 años residiendo allí.

Las colonias populares y su variante subdesarrollada, las ciudades perdidas (en el léxico local las: CP) surgen de procesos irrégulares de poblamiento, es decir, de las simuladas invasiones sobre terrenos ejidales. La mayoría de los protagonistas eran originarios del medio rural, con algunos años de estancia previa en la ciudad como inquilinos. Los primeros en llegar afrontaron la inseguridad ante un posible desalojo o reubicación y aprendieron a gestionar ante las autoridades su reconocimiento y regularización. La introducción de servicios y equipamientos les costó sudor y esfuerzos, prestaron trabajo para abrir cepas, caminos, pavimentarlos, introducir el agua. Recibieron como dádivas de las autoridades, materiales para construir sus propios servicios. En síntesis, protagonizaron una historia común. Pero el proceso de poblamiento no fue homogéneo ni simultáneo. Fueron muchos los llegados en etapas posteriores, muchos los que no vivieron el momento fundacional. Los intereses se fueron diversificando, los conflictos emergieron, se formaron bandos contrapuestos. En algunos casos, los primeros pobladores vieron como invasores de su espacio a los nuevos, otros muchos al encontrar un trabajo seguro, tomaron la colonia como dormitorio, despreocupándose de su situación.

Migrantes hacia la ciudad de México la habitan, ignorando en ocasiones, hasta el nombre de su municipio. Portadores de tradiciones cultu-

rales diferentes, encontraron pocos puntos en común para la socialización, sus hijos tuvieron que crearlos...la "banda", negando aparentemente la cultura de los padres, permitió construir códigos comunes, recuperar muchos de los patrones tradicionales y abrir un espacio a la convivencia.

Los fraccionamientos medios y residenciales difieren más, en cuanto a nivel de ingresos que por características del poblamiento. En ambos casos se trata mayoritariamente de urbanistas desplazados hacia la periferia, que por necesidad de vivienda propia o por la decadencia de las colonias residenciales de la ciudad, llegaron a Tlalnepantla. Con mayores posibilidades de movilidad, tienen intereses fuera del municipio, no sólo por motivos laborales, sino también por estudio, recreación o vínculos preexistentes. Se autoidentifican como residentes de Satélite, a veces por facilidad de localización, otras por ignorancia o cuestiones de *status*. Su tradición urbana se expresa en comportamientos más individualizados, no preocupándose por afianzar o establecer relaciones con los vecinos, sino en casos de emergencia o a partir de los hijos. Manifiestan actitudes demandantes hacia las autoridades y se resisten a participar en obras de beneficio colectivo.

En general, los tres tipos de asentamientos analizados comparten otra característica común: la de ser localidades dormitorio. Durante el día sólo permanecen en ellas algunas de las mujeres (las que no trabajan), los niños pequeños y los jóvenes que no concurren a la escuela y quienes tienen su actividad laboral en la propia colonia. Hanners

(1986:294) describe esta situación al sostener que: "...mientras las relaciones entre vecinos pueden ser desiguales y carentes de coordinación en su globalidad, puede obtenerse cierta organización mediante relaciones de aprovisionamiento".

El otro tipo de asentamiento, el fraccionamiento industrial, a los que podríamos sumar las zonas de servicios, manifiestan el comportamiento inverso: populosos y activos durante el día, des poblados y vacíos por las noches. El centro de Tlalnepantla, antes sitio privilegiado de residencia, se ha ido transformando en un centro exclusivamente comercial y de servicios, desplazando a sus pobladores a los fraccionamientos. Hacia el centro y a los fraccionamientos industriales se dirigen habitantes de una amplia zona de influencia. En ellos gravitan durante el día: trabajan, consumen o tramitan, los abandonan al cese de las actividades y difícilmente se identifican como miembros o usufructuarios de un territorio común.

Residencia e identidad.

Una primer aproximación a los problemas de Tlalnepantla enfrenta los aspectos visibles externamente. Con excepción de los fraccionamientos residenciales, es común a los de tipo medio, las colonias populares, ciudades perdidas y pueblos, el evidente deterioro de las condiciones de existencia y una notoria falta de interés por el entorno, por la conservación de sus viviendas y en general de las colonias. Podría adjudicarse o justificarse dicha situación en las actuales condiciones económicas, la falta de recursos, etc. Sin embargo, en muchos de los casos, aún en colonias populares y

ciudades perdidas, se trata de casas bien construidas e inclusive caras, con derroche de materiales, donde la falta de mantenimiento y conservación genera depreciación. Por otra parte, en gran medida la contaminación visual, del aire y del agua se debe a la falta de limpieza y a la presencia de basura, ambas ajenas, en algún sentido, a causas monetarias y más vinculadas a una notoria insensibilidad por su hábitat. Podrán aducirse motivos culturales, sin embargo, ésta insensibilidad por el entorno y por las condiciones externas no constituyen parte de las culturas tradicionales de las que son portadores. La pobreza urbana presenta una faz más lacerante que la rural.

Un análisis más profundo de los motivos del desinterés por el ambiente condujo a los problemas de identidad. Los pobladores no se sienten miembros de una colonia o de un municipio. Cuando mucho se encontró un nivel de identidad por calles, en donde se ve la preocupación, a veces en forma competitiva, por el aspecto exterior, por el mantenimiento del espacio común; existen pues, relaciones de vecindad. Los restantes pobladores consideran su estancia allí como una situación transitoria.

La identidad social puede ser definida como la consciencia que tiene un individuo de pertenecer a un grupo dado. La identidad se pone de manifiesto en la interacción,^[3] al definir un nosotros frente a los otros. Es siempre situacional, relativa y múltiple. Situacional, en tanto uno opta por alguna de sus propias referencias de identidad de acuerdo con el contexto en que se encuentra. Es relativa, pues la referencia o

el contexto que se elige depende generalmente de la percepción del otro, y múltiple, en tanto, cada individuo participa al mismo tiempo en varios grupos de identidad.

Para conceptualizarse a sí mismos como pertenecientes a un grupo, se eligen ciertos elementos o indicadores tomados de aquellos que provee la cultura. La identidad, sin embargo, no es idéntica a la cultura, pues solo toma de ella algunas características y las hace conscientes en función de autoadscribirse a un grupo. En algunos casos se producen fenómenos de construcción, cuando un grupo decide, por algún motivo, diferenciarse de sus similares. Al generar sus propias prácticas, estos grupos construyen cultura,^[4] e identidad al mismo tiempo. Cuando lo hacen, toman como referencia la práctica social y la historia compartida.

Es posible considerar tres tipos de elementos seleccionados y por tanto incorporados a la conciencia:

1.- Identificadores: Como el conjunto de rasgos diacríticos compartidos que permiten reconocer en el otro prácticas similares.

2.- Diferenciadores: Son aquellos por medio de los cuales el nosotros se reconoce como distinto del otro.

3.- Jerarquizadores: Comprende la escala valorativa que permite a los grupos considerarse en una posición relativa (de superioridad, inferioridad o igualdad) con respecto a otro grupo.

En tanto los individuos en la ciudad interactúan en varios contextos, sus posibilidades de identidad se multiplican y no necesariamente re-

curren a una referencia territorial. Cuando en el caso de Tlalnepantla hablamos de su carencia, se alude a que las familias y los individuos no se identifican como miembros de un grupo territorialmente definido, diferenciado de otros y en una posición relativa con respecto a otras unidades. Seguramente, participan de otros sistemas de identidad: laborales, lúdicos, de origen, familiares, etc. pero al no hacerlo territorialmente, no logran una vinculación afectiva y efectiva con su lugar de residencia, y ésta se manifiesta por el desinterés hacia su situación.

El proyecto.

Entendiendo a la identidad como condición de la participación en acciones de beneficio común, de responsabilización ante el entorno, surgió la necesidad de generar o reforzar vínculos de identificación entre vecinos. Este problema conducía a reconocer los elementos compartidos por los residentes, otros que los diferenciarán de otras colonias y aquellos que les permitieran valorarse.

Al aceptar como una de las características de la vida en las ciudades la separación entre las actividades productivas y las de reproducción social de la existencia,^[5] los elementos de identidad no podían basarse en la esfera laboral y por tanto en las asociadas a su pertenencia a una clase social; había que buscarlos en la propia esfera del consumo colectivo.^[6]

La presencia mayoritaria de migrantes dificultaba la identificación en función de pautas culturales, pero compartían un territorio y éste implicaba una historia, muchas ve-

ces vivida por sus pobladores. Estas consideraciones explican el surgimiento de un proyecto de investigación para el rescate de la historia oral.¹⁷¹

El presupuesto, la hipótesis que los animaba, era que si se lograba hacer consciente esta historia compartida, se podían generar vínculos de identidad, el reconocimiento de problemas comunes y de su propia capacidad para transformarlos. El rescate de la historia oral partía de un fin práctico. ¿Cómo llegar a la meta propuesta? Esa era la cuestión. Los problemas metodológicos a resolver no eran pocos ni sencillos.

La heterogeneidad existente en las colonias en cuanto a participación propiciaba la existencia de diferentes versiones; los pobladores no habían vivido la misma historia, unos por auto marginarse, otros por haber llegado después del suceso en cuestión. Por otra parte, los papeles representados fueron diferentes y en ocasiones opuestos:

¿Cómo capturar la información para que ésta diera cuenta de las diferentes versiones?

¿Cómo involucrar a los miembros de la comunidad en el proceso de recolección de información, de manera participativa?

¿Cómo devolver la información al mayor número de personas?

¿Cómo validar los datos obtenidos?

¿Cómo propiciar que la historia recabada fuera asumida como patrimonio compartido y por tanto elemento de identidad?



Y finalmente, ¿Cómo lograr a partir de este hecho algún tipo de actividad colectiva que demostrara su capacidad como grupo de incidir sobre el entorno?

El primer problema, el más serio, por cierto, remitía a una cuestión epistemológica relativa a la verdad. Era evidente y previsible que la versión de los ejidatarios no coincidiría con la de los colonos, ni con la del gobierno, ni con la de los colonos llegados en fechas posteriores. Obviamente, cada versión contendría una parte de verdad, una parte de información manipulada, elementos escondidos o disimulados, pero todas corresponderían a una visión particular. La técnica del informante clave (en tanto recurre al que domina mayor cantidad de información) se diluía en una multiplicidad de informantes claves. Para identificar cuantos y quienes podían serlo, era preciso primero reconocer cuantas posibles versiones habría en cada caso. En principio se partió de la clasificación antes enunciada: ejidatarios, gobierno, pobladores por etapa, pero considerando la posibilidad de ampliar el número de informantes a medida que, a partir de los datos recabados, se identificara la existencia de grupos enfrentados. Cada grupo fue considerado como un tipo de versión y por tanto un tipo de informante.

El problema inmediato radicaba en como interpretar estas versiones opuestas o al menos diversas de un mismo suceso y acceder a la "verdadera historia" de las colonias. En este aspecto se recurrió a dos soluciones combinadas: cuando la información difería sustancialmente de acuerdo con la versión, se optó por incorporar ambas, refiriéndolas a sus dado-

res. La otra fue presentar un informe preliminar, ante una reunión a la que se invitara a los diferentes informantes, para que confrontados avalaran o negaran lo afirmado previamente o las interpretaciones del investigador, pero además propiciando la discusión entre ellos en función de una posible versión unificada. También se decidió que quien analizara la información fuera una persona diferente a quien recogía los datos, en función de una mayor objetividad.

Por otra parte, en tanto la historia no es sólo una sucesión de hechos trascendentes, se decidió tomar en cuenta la cotidianeidad y la visión de quienes, aunque no hubieran participado en los "sucesos", viven en la colonia. De allí que se incorporaran como datos de información etnográfica a las fiestas, las formas de esparcimiento, la visión de los niños y mujeres, las anécdotas y leyendas y a los personajes de la colonia.

En relación con la participación de la comunidad en el propio proceso de investigación se siguieron varios caminos. Desde luego participaban como informantes y se procuró reconstruir los hechos en forma colectiva, en reuniones de varios informantes, para propiciar la rememoración, se involucró a vecinos jóvenes como auxiliares de investigación recogiendo versiones de los adultos. De ésta forma no sólo se conseguía mayor información sino también se lograba hacerlos partícipes y despertar su interés por la historia de la colonia.

El problema más grave, desde el punto de vista operativo, era la devolución de la información, o más aún la recepción de la información.

Devolverla era lo de menos, se podía hacer entrega de una copia de la monografía. Seguramente la atesorarían, convencidos de poseer "la historia de la colonia", tal como sucede con los libros, monografías, tesis y demás productos de la investigación antropológica, cuando sus autores tienen el buen gusto de enviárselos a los informantes o a las autoridades correspondientes. De esta forma se cubriría el requisito dejando a salvo la conciencia, pero dejando de lado también el objetivo inicial de incidir sobre la realidad.

Si se distribuía masivamente el informa, la monografía o la investigación, podía lograrse una mayor cobertura pero ¿la leerían? No hicieron falta experimentos para saber la respuesta negativa. Nuestro lenguaje "científico" es abominable, aburrido y tedioso —con honrosas excepciones— y la gente no está acostumbrada a leer más que pasquines y revistas. Ahí estaba la clave ¿Porqué no hacer una revista? La investigación sobre la historia oral convertida en revista, amena, ligera, con caracteres grandes e ilustraciones, susceptible de ser leída sin dormirse a la primera línea.

La llamamos "contornos de mi colonia" y quedó luego en **Relatos**. La palabra contornos fue censurada por referir sólo al límite, al borde, por dejar fuera el interior. Lástima, pues desde la visión antropológica, el contorno se relaciona más con la identidad, es decir, con lo que traza fronteras.

Relatos se estructuró en secciones:

Los orígenes: La historia de la colonia, con especial referencia a los procesos de poblamiento, activida-

des de sus habitantes, introducción de servicios y equipamiento.

Personajes de mi colonia: Comprende a aquellas personas destacadas entre los vecinos, pudieron o no trascender los límites barriales. El taquero parlanchín, el zapatero enojón, son sin duda personajes locales, tanto como el deportista exitoso o el que llegó a presidente municipal.

Algo para recordar: Algún suceso memorable o impactante, de acuerdo con la visión popular. Se incluyeron accidentes, visitas de personajes, enfrentamientos con las autoridades, leyendas y relatos.

Los días de ayer: Es una cronología de los sucesos que suponen hitos en su historia.

Los días de fiesta: Es una descripción etnográfica de como celebran sus fiestas, fundamentalmente el aniversario o Santo Patrón.

Así nos entretenemos: Describe las formas de esparcimiento, actividades lúdicas, festivas o deportivas, abiertas a todos los miembros de la comunidad.

La nueva generación: Esta sección es de los jóvenes, habla de sus actividades, sus aspiraciones y problemas.

Así la vemos: Es la visión de los niños, recabada en las escuelas, en forma de cuento, poesía o dibujo.

La colonia en cifras: Incluye datos demográficos, económicos y de escolaridad.

Desde el comal: Es la visión de las mujeres en torno a la colonia.

Contornos de mi colonia: Mapa y croquis de localización de la colonia, con principales sitios de interés.

Contendría también fotos, documentos y cualquier aportación proporcionada por los colonos, tal como canciones o poemas a la colonia, documentos del pasado, etc.

La revista así planteada puede servir como material de consulta para la escuela o para investigadores interesados en el tema, pero más interesaba que se convirtiera en tema de conversación entre vecinos, en refe-



rencia de identidad, es decir, patrimonio compartido.

La referencia de identidad no garantizaba plenamente la solución del siguiente problema: el logro de algún tipo de actividad colectiva, demostrativa de su capacidad, de tanto grupo, de incidir sobre su entorno.

En el proceso de investigación los informantes sacaron a relucir fotos de antaño, documentos, cartas y otros testimonios. Un material valioso, guardado por algunos y desconocido por los demás. A partir de la reunión a la que se convocaría para presentar la revista se propuso inducirles a organizar una exposición sobre la historia de la colonia. Esta actividad testimonio, era al mismo tiempo un hecho social, oportunidad de esparcimiento, de convivencia, podía también servir para recordar y añorar experiencias de participación, discutir problemas, proponer soluciones. De allí al inicio de actividades autogestivas o al "tanguis cultural",^[8] sólo mediaría un paso. Pero esa es otra historia.

Resultados

El proyecto comenzó con la participación de estudiantes de Etnohistoria y Antropología Social de la ENAH, coordinados por la maestra María del Refugio Cabrera y bajo mi dirección. Este equipo logró reconstruir la historia de un pueblo: La Loma y una colonia popular: Ampliación Lomas de San Andrés Atenco. Los ritmos y los tiempos de estudio dificultaron sus posibilidades de trabajo de campo intensivo, motivo por el cual se decidió integrar un equipo de investigación con recursos locales. A falta de antropó-

logos se capacitaron trabajadores del municipio y los resultados fueron excelentes. Una periodista (Noemí Pineda) un sociólogo (Carlos Ochoa Barragán) y dos excelentes charlistas (El Sr. Alfonso Ugalde y el Sr. Antonio Pérez) merecen después de tres años de trabajo, el título de antropólogos honoris causa. Trece colonias y pueblos cuentan ya con su historia. La publicación de la revista tuvo un proceso más largo. La búsqueda de financiamiento, los aumentos en los costos de impresión, demoraron su parto. Sin embargo, *Relatos de Xocoyahuaco* ya dio a luz.

Los resultados esperados se anticiparon a las proyecciones; antes de la aparición de la revista, antes de la exposición, en el mismo proceso de recolección de información, surgieron iniciativas y proyectos comunitarios. Talleres, actividades deportivas, actividades sociales y grupos de promotores voluntarios de cultura, nacieron también en este proceso.

Epílogo

Es el epílogo de éste artículo, no así del proyecto. Este año se espera poder imprimir y distribuir otros cuatro números de la revista, así como la realización de igual cantidad de exposiciones.

La Etnohistoria y su especialización la historia oral, tienen una dimensión aplicada. El papel del reforzamiento de los vínculos de identidad no solo compete a los propios sujetos. Los antropólogos, a partir de proyectos específicos, pueden incidir, acelerar e imprimir direccionalidad a los procesos colectivos, al mismo tiempo dotar de sentido y compromiso al quehacer profesional.

Bibliografía citada

Alva Ixtlixochitl, Fernando 1975 *Obras Históricas*. UNAM México.

Barth, Frederick. 1976 *Los Grupos Etnicos y sus Fronteras*. F.C.E. México.

Borja, Jordi. 1975 *Movimientos Sociales Urbanos*. Ediciones SIAP, Buenos Aires.

1981 "Movimientos Urbanos y Cambio Político" en *Revista Mexicana de Sociología*. México.

Cabral, Amílcar. 1977 "El Papel de la Cultura en la Lucha por la Independencia" en *Ideología y Sociedad*, No. 1, México.

Cardozo de Oliveira, Roberto. 1971 "Identidad Etnica, Identificación y Manipulación", en *América Indígena*, Vol. XXI, No. 4, México. Carrasco, Pedro 1950 *Los otomíes. Cultura e Historia Prehispánica de los pueblos Mesoamericanos de habla Otomiana*. Biblioteca Enciclopédica del Estado de México, (ed. facsimilar de la de 1950), Toluca.

Castells, Manuel. 1979 *Problemas de Investigación en Sociología Urbana*. Siglo XXI Editor, México.

Collin, Laura. 1989 *Señoríos Otomíes. ¿Leyenda o Realidad?* en *Memorias de las Jornadas de Etnohistoria*. ENAH, México, (en prensa).

Cook de Leonard, Carmen. 1981 *Ciudad Nezahualcoyotl*. Ediciones Casa de la Cultura, Publicaciones Municipales, H. Ayuntamiento de Nezahualcoyotl, Arana, México.

Goodenough, Ward. 1975 "Cultura, Lenguaje y Sociedad" en Kahn (comp.) *El Concepto de Cultura, Textos Fundamentales*, Ed. Anagrama, Barcelona.

Hanners, Ulf. 1986 *Exploración de la Ciudad*. F.C.E. México.

Notas

1 En torno a la presencia otomí en el territorio y su relación con los chichimecas de Xolotl, véase Alva Ixtlixochitl (1975), Carrasco (1950) y Collin (1988).



2 El uso de Tenayuca como sitio privilegiado para la unción de los gobernantes de Texcoco es señalado por Carmen Cook (1981).

3 Las funciones y elementos constitutivos de la identidad son señalados por Cabral (1977), Cardozo de Oliveira (1971) y Barth (1976), entre otros.

4 Se considera a la cultura en su dimensión normativa, al proveer las prácticas previsibles que posibilitan la interacción, en este sentido la cultura dice el como de la conducta, aquello que se aprende para cumplir las normas de los demás, como propone Goodenough (1975).

5 Proponen esta separación entre actividades productivas y reproductivas como factor específicamente urbano: Castells (1979) y Borja (1974).

6 Sobre el concepto de "consumo colectivo" Borja (1981) y Castells (1979).

7 El proyecto de Rescate de la historia oral en Tlalnepantla, fue resultado de una iniciativa de la Dirección de Bienestar Social del Ayuntamiento, a cargo del sociólogo Guillerme Ochoa Montalvo. Como parte del programa de actividades del Departamento de Cultura desde 1986 a 1988. Con la creación del Centro Municipal de Estudios de Población, pasó a formar parte de sus programas. Quien esto suscribe, tuvo a su cargo el proyecto desde 1986 hasta marzo de 1989, como responsable de ambas instancias. Participaron en él Carlos Ochoa Barragán, María del Refugio Cabrera, Gustavo Cabrera, Noemí Pineda, Antonio Pérez y Alfonso Ugalde.

8 "Tianguis Cultural" fue el nombre elegido para una modalidad de participación cultural, autosuficiente, en la que los propios vecinos socializan sus conocimientos organizando talleres varios (tejido, costura, carpintería, guitarra, teatro, etc) ganando un espacio callejero o en áreas verdes de la colonia. Ofrece una alternativa de esparcimiento y recreación, al tiempo que de aprendizaje a bajo costo. Es tianguis, en tanto propicia el intercambio cultural. El espacio sirve también, para la presentación pública de los artistas locales: cantantes, poetas, grupos de teatro. La vinculación entre diferentes tianguis culturales permite, asimismo, la circulación de grupos.